



PAGINAS DE LA CAMPAÑA

UNA GUERRILLA DE MAUSER



Notas de la guerra

Los tiradores Mauser

Mauser!... ¡Las guerrillas!... Estas dos palabras han venido siendo en



la campaña de Melilla la representación de la impaciencia nacional, excitada por tantos aplazamientos y por tanta injustificada demora.

La guerrilla, con su modo de luchar rápido, incierto, inseguro, apareciendo cuando menos se la espera, y desapareciendo cuando el enemigo la cree tener cogida entre sus fuegos, produce entusiasmo en la raza española, que sabe, por experiencia larga y gloriosa, cuanto puede contar con este sistema de pelear.

Los guerrilleros nacen espontáneamente en el suelo español; porque sus montañas ásperas y sus riscos ingentes han enseñado al hombre cómo se combate. De un cazador de los que recorren la Alpujarra ó Sierra Morena; de un monteador de Andújar, ó de un contrabandista de Sallent; de un arriero del Ampurdán, ó de un pastor de Alhama de Granada, se hace un guerrillero, sin más trabajo que el de darle un fusil y una consigna.

Para calzar su pie basta la abarca con sus cintas de cuero ó la alpargata con su piso de cáñamo. Para instruirle marcialmente sobra con una semana de ejercicio al blanco.

Así se han hecho las guerras en España y así ha sido tan fácil comenzarlas como difícil ponerlas punto.

Dar á las guerrillas el fusil Mauser es poner al águila garras de acero. Complétanse y se perfeccionan estos ágiles guerrilleros y el rápido fusil. Aquellos corren en todas direcciones, saltan las zanjias, se ocultan en los más pequeños desniveles del campo, se acercan ó se retiran del lugar del combate, según conviene y se condensan instantáneamente en punto determinado, como una tempestad de verano. El Mauser hace que esa tempestad lleve en las entrañas de sus nubes una furiosa granizada de plomo hirviente.

Levando el relato de las operaciones de Melilla se ve á las guerrillas de tiradores Mauser formando una línea que serpea en los límites españoles. Es una serie de vivos y animados jalones que determinan nuestros dominios. Si el moro tratara de hollar esos jalones, un viva á España y una lluvia de fuego contestaría al osado; y bien pronto, lo que era línea de rosas medio confundidos entre la vegetación sería una línea de hierro en que el pequeño machete del Mauser asomaría entre el rojizo humo del chispaço.

En estas guerrillas conserva el soldado sus iniciativas personales. No es un número en la inmensa columna de gaceros que el novísimo estratega trasladó desde el papel vitela de los estudios del Estado Mayor al campo de batalla. Es el hombre con todo su valor individual y con toda su responsabi-

dad. Por esto, sin duda, es también la guerrilla la natural forma de combate de la gente española.

Un corneta

En las milicias nacionales la figura del corneta se destaca gallardamente, con su fusil á la espalda y su brillante clarín en la mano derecha. Es un niño, enjuto, nervioso, con pulmones y piernas de ciervo. Sigue al coronel de su regimiento y compite con el caballo en la velocidad y la resistencia de la carrera.

El chiquillo, incansable, agarrándose á la cola del caballo, salta zanjias, brinca sobre los arbustos, escala las pendientes, y apenas si le ha dado la orden, párase, se cuadra, lleva á los labios la corneta dorada que parece un juguete, y la vibración resonante se dilata en el ambiente. Este eco militar que resuena en los huecos de la montaña, es la palabra de los ejércitos que va de valle en valle, uniendo á todos los hombres en un mismo pensamiento de combate.

J. ORTEGA MUNILLA.

LA ÚLTIMA ILUSIÓN DE D. JUAN

Las gentes superficiales, que nunca se han tomado el trabajo de observar al microscopio la complicada mecánica del corazón, suponen buenamente que á D. Juan, el procaz libertino, el burlador sempiterno, le bastan para su satisfacción los sentidos y á lo sumo la fantasía, y que no necesita ni gasta el inútil lujo del sentimiento, ni abre nunca el dorado ajimez adonde se asoma el espíritu para mirar al cielo, cuando el freno de la tierra le oprime. Y yo os digo en verdad que esas gentes superficiales se equivocan de medio á medio y son injustas con el pobre D. Juan, á quien solo hemos comprendido los poetas, que tenemos el alma inundada de caridad y somos perspicaces... cabalmente porque creemos en muchas cosas.

A fin de poner la verdad en su punto, os contaré la historia de cómo alimentó y sostuvo D. Juan su última ilusión... y cómo vino á perderla.

Entre la numerosa parentela de D. Juan—que dicho sea de paso, es hidalgo como el rey—se cuentan unas primitas provincianas muy celebradas de hermosas. La más joven, Estrella, se distinguía de sus hermanas por la dulzura del carácter, la exaltación de la virtud y el fervor de la religiosidad, por lo cual en su casa la llamaban *la beatita*. Su rostro angelical no desmentía las cualidades del alma: parecíase á una virgen de Murillo, de las que respiran honestidad y pureza (porque algunas, como la morena de la *servilleta*, ó *Rejitolera*, solo respiran brio y juventud). Siempre que el humor vagabundo de D. Juan le impulsaba á dar una vuelta por la región donde vivían sus primas, iba á verlas, frecuentaba su trato, y tenía con Estrella interminables paliques. Si me preguntáis qué imán atraía al perdido hacia la santa, y más aun, á la santa hacia el perdido, os diré que era quizás el mismo contraste de sus temperamentos... y después de esta explicación nos quedaremos tan enterados como estábamos.

Lo cierto es que mientras D. Juan galanteaba por sistema á todas las mujeres, con Estrella hablaba en serio, sin permitirse la más mínima insinuación atrevida, y que mientras Estrella rehúsa el trato de todos los hombres, veníase á la mano de D. Juan como la doméstica paloma, confiada, cándida, segura de no mancharse el plumaje blanco. Las conversaciones de los dos primos podían oírse al mundo entero; después de dos horas de charla inofensiva, reposada y dulce, levantábase tan dueños de sí mismos, tan tranquilos como antes, y Estrella volaba á la cocina ó á la despensa á preparar con esmero pueril algún plato de los que sabía que agradaban á D. Juan. Saboreaba éste, más que las golosinas, el mimo con que se las presentaban, y

la frescura de su sangre y la anestesia de su corazón le hacían tanto bien como un baño refrigerante al que ha caminado largo tiempo por arenas abrasadas.

Cuando D. Juan levantaba el vuelo, yéndose á las grandes ciudades en que la vida es fiebre y locura, Estrella le escribía difusas cartas, á que él contestaba en pocos renglones,—pero siempre.—Al retirarse á su casa al amanecer tambaleándose, aturrido por la bacanal ó vibrantes aun sus nervios de las violentas emociones de la profana cita; al encerrarse á veces para mascar, entre risa irónica, la hiel de un desengaño—porque también los cosecha D. Juan;—al prepararse al lance de honor templando la voluntad para arrostrar impávido la muerte; al reír, al blasfemar, al derrochar su mocedad y su salud



como pródigo insensato de los mejores bienes que nos ofrece el cielo, D. Juan reservaba y apartaba, como se aparta el dinero para una ofrenda á Nuestra Señora, diez minutos que dedicaba á Estrella. En su ambición de cariño, aquella consagración tan casta, de un ser tan delicado y noble, representaba la gota de agua que se bebe en medio del combate y que restituye al combatiente las fuerzas para seguir lidiando. Traiciones, falsías, pérdidas y vilesas de otras mujeres podían llevarse con valor, mientras en un rincón del mundo alentase el leal afecto de Estrella. A cada carta ingenua y encantadora que recibía D. Juan, soñaba el mismo sueño: se veía caminando difícilmente por entre unas tinieblas muy densas, muy frías, casi palpables, que rasgaban por intervalos la luz sulfurosa del relámpago y el culebreo del rayo; pero allá lejos, muy lejos, donde ya el cielo se esclarecía un poco, divisaba D. Juan blanca figura velada, una mujer con los ojos bajos, sosteniendo en la diestra una lamparita encendida y protegiéndola con la izquierda. Aquella luz no se apagaba jamás.

En efecto, corrían años, D. Juan se precipitaba despenado por la pendiente de su delirio, y las cartas continuaban con regularidad inalterable, impregnadas de igual ternura latente y serena. Eran tan gratas á D. Juan estas cartas, que había determinado no volver á ver á su prima nunca, temeroso de encontrarla desmejorada y cambiada por el tiempo, y no tener luego valor para sostener la correspondencia. A toda costa deseaba eternizar su ilusión, y ver siempre á Estrella con su rostro murrilesco, de santita virgen de veinte años. Las epístolas de D. Juan, á la verdad, expresaban siempre vivo deseo de hacer á su prima una visita, de renovar la

charla de antaño; pero como nadie le impedía á D. Juan realizar este deseo, hay que creer que no le apretaba mucho, pues no lo cumplía.

Eran pasados dos lustros, cuando un día recibió D. Juan, en vez del ancho pliego acostumbrado, escrito por las cuatro esquinas y cruzado después, una esquelta sin cruzar, de redacción grave y reservada, y en que hasta la letra carecía del abandono que imprime la efusión del espíritu cuando guía la mano y la hace acariciar, por decirlo así, el papel. ¡Oh mujer, oh agua movediza! Estrella pedía á D. Juan que ni se sorprendiese ni se enojase, y le confesaba que iba á casarse muy pronto... Se había presentado un novio á pedir de boca, un caballero excelente, rico, honrado, á quien el padre de Estrella debía atenciones sin cuento; y los consejos y las exhortaciones de todos habían decidido á la santita, que esperaba, con la ayuda de Dios, ser dichosa en su nuevo estado, y ganar el cielo.

D. Juan quedó absorto unos instantes; luego arrojó el papel y lo lanzó con desprecio á la encendida chimenea. ¡Pensar que si alguien le hubiese dicho dos horas antes que Estrella podía casarse, al tal le hubiese tratado de bellaco calumniador. ¡Y ahora lo decía ella misma, sin rubor, como el que cuenta la cosa más natural y más lícita del mundo!

Desde aquel día don Juan, el alegre libertino, ha perdido su última ilusión; su alma, peregrina entre sombras, sin ver jamás el resplandor de la lámpara que una virgen protege con la mano; y el que aun tenía algo de hombre, es solo fiero, con dientes para morder y garras para destrozar sin misericordia. Su profesión de fe es una carejada cínica, y su amor un latigazo que quema y arranca la piel haciendo brotar la sangre.

Me diréis que la santita tenía derecho de aspirar á felicidades reales y á goces siempre más puros que los que libaba sin tregua su desenfrenado ídolo. Y acaso diréis muy bien, según el vulgar sentido común y la enana razoncilla práctica. Pero que esa razón os proveche. En el sentir de los poetas, menos malo es ser galeote del vicio que desertor del ideal.

EMILIA PARDO BAZAN.

PERIER

Pertenece á lo que han dado en llamar la aristocracia de la república. Un político ingenioso le apellidaba el otro día el «Delfín.» No es posible profetizar si recibirá la herencia de Mr. Carnot; pero de todas suertes hay que reconocerle como un favorito de la fortuna, y cuando ésta da en soplar!...

Parisiense. Cuarenta y seis años, cumplidos el 8 de Noviembre.

De mediana estatura; de robusta complexión; de anchas espaldas; el color vivo; los ojos, azules claros, de mirar duro y frío; todo el aspecto de un militarote atrabiliario. Certo es que su pasión es el florete, que esgrime hábilmente con la mano izquierda; pero, en realidad, no ha ceñido la espada mas que un año: el año terrible; cuando al dejar las aulas de letras y jurisprudencia fué nombrado capitán de móviles.

Combatiendo en Bagnoux, su comandante, Dampierre, cayó herido al asaltar una posición. Bajo una granizada de balas adelantó solo un joven oficial, retirando el cuerpo del jefe; y poniéndose en seguida al frente de las fuerzas tomó la posición. El oficial era el capitán Casimir-Perier, citado por este hecho en la orden del día del ejército y condecorado con la Legión de Honor á los 23 años.

Al año siguiente era jefe de gabinete de su padre, ministro del Interior con M. Thiers; y en 1877 entraba por primera vez en la Cámara. Después del 16 de Mayo fué subsecretario de la Instrucción Pública con Mr. Barodoux, y más tarde subsecretario de la Guerra con el general Camponen. En 1883, el acto caballeroso y delicado de abandonar el Parla-

mento antes que votar la expulsión de los Orleáns; protectores y amigos de su familia, capóles generales simpáticos, y dió á conocer la rectitud de su carácter, reflejo de su vida privada, que es irreprochable. Sus electores volvieron á enviarle á la Cámara, donde no ha cesado de sentarse desde entonces, presidiendo y figurando en distintas comisiones de importancia, singularmente la de Presupuestos, que en Francia es un plantel de ministros, donde los diputados trabajadores y de valer danse á conocer mucho mejor que en las bizantinas y estériles disputas de la tribuna.

Su especialidad son las cuestiones financieras. No es un ofador brillante. Sus facultades reflexivas son superiores á su imaginación; disponiendo aquellas de una voluntad firme, persistente, cualidad indispensable en un hombre de Estado. La Cámara, elevándole dos veces á la presidencia, ha podido apreciar su imparcialidad y tacto.

No habiendo desempeñado ninguna cartera, sienta plaza de primer ministro; puesto que parece hereditario en su familia: el abuelo lo fué de Luis Felipe, el padre, de monsieur Thiers. Ambos legaronle además una gran fortuna que él administra juiciosamente, viviendo con lujo, sin desfilfarrar, ya en su regio palacio del Renacimiento en Vizille, famoso en los tiempos de la Revolución, ya en su elegante hotel parisiense de la calle Nitot.



Hombre de mundo, relacionado grandemente y casado con una dama distinguidísima y encantadora, no es extraño que la porción femenina del cuerpo diplomático acreditado en París se felicite de que Mr. Casimir-Perier se haya reservado el departamento de Negocios extranjeros, pues es seguro que con Mad. Casimir-Perier los salones del Quai d'Orsay recobrarán el elegante esplendor de tiempos ya lejanos. Los jefes de misión compléense no menos de habérselas con ministro que, bajo un exterior algo frío y severo, oculta una amabilidad atractiva y la corrección tan recomendada para tratar negocios de Estado.

ARZUBIALDE.

MADRID

López, Pérez y Rodríguez, eminentes desconocidos, lo decían anoche en una de las mesas del café, mirando de vez en cuando, triunfalmente, hacia los periodistas que estábamos en la mesa frontera, y tomándonos como representación de la prensa toda, tan traída y llevada sobre aquel mármol.

—Nada de componendas, me opongo á las componendas—decía muy exaltado Rodríguez, dando sobre la mesa con el puño cerrado para



El general Martínez Campos revistando las tropas en el campo de instrucción.

tud del año y de la vida. La idea de la muerte sólo causa tristeza á los tontos. Para mí, la muerte no es otra cosa que la siembra para las cosechas de la inmortalidad.»

Después llamamos todos. Yo observaba el rostro de Ramoncita, aun turbado del coloquio que poco antes habíamos tenido los dos al volver de la huerta. Cubas tomó de nuevo la palabra, y no ya con rostro grave, sino antes bien ligero y festivo, me dijo:

«Casi todos los grandes hombres han nacido en otoño... ¡Ah! ¿te ríes de mí? Soy hombre de medianas letras. Si, ahí tienes esa pléyade augusta. Cervantes, Virgilio, Beethoven, Shakespeare nacieron en otoño... Pues todos ellos fueron á morir á la primavera. Lee la estadística, querido Tropiquillos, y verás cómo nacemos en estos meses y nos morimos en los de Abril ó Mayo... Ja, ja, ja... A los que me hablan mal de mi querido Otoño, les digo que es el papá del Invierno y el abuelo de esa fachendosa y presumida Primavera... Vamos á ver. A su vez, es el hijo del Verano, que al mismo tiempo viene á ser su biznieto... de modo que...»

Sin duda la cabeza hercúlea del buen tonelero se resentía del exceso de libaciones, motivado por su prurito de unir el ejemplo á la regla en aquel ardiente panegírico del Otoño. Aquella tarde la pasamos Ramona y yo entretenidos en dulces y honestas pláticas, ambos muy serios, muy proyectistas, muy atentos en mirar y remirar los horizontes del porvenir que empezaban á teñirse de rosa. Por la noche, pasada la hora de la cena, *mestre* Cubas, después de ahumarme con su pipa, me dijo:

«Amado Tropiquillos, yo no me opongo; *mestra* Cubas no se opone tampoco, de modo que nadie, absolutamente nadie se opone. Y reposaba su carmosa mano en mi hombro, haciéndome inclinar bajo el peso de ella.»

«El hijo de mi amigo Lázaro—añadió—debe ser mi hijo... A propósito. Ahí están tus tierras que no son malas. Es preciso replantarlas. Las replantaremos.»

Dió varias vueltas como pipa que gira impulsada por las manos de los toneleros, y viniéndome otra vez á mí, y abrazándome con efusión sofocante, me dijo:

«Reedificaremos la casa... Yo no tenía palabras; yo no decía nada, y me dejaba abrazar, sintiendo el contacto de la panza de mi generoso amigo y su rebote semejantes uno y otro al de una gran pelota de goma...»

El tonelero llamó á su esposa, que vino prontamente, seria y afable. «Ramona, Ramona—gritó después *mestre* Cubas.

Turbada, ruborosa, entró la doncella esquivando mis miradas. Sus bellos ojos mostraban singular empeño en examinar el suelo antes que mi rostro y el de sus bondadosos padres. ¿Cómo diré que todo quedó concertado aquella misma noche en palabras breves y expresivas? Mi felicidad era una nueva faz de mi salud recobrada. Ya era otro hombre, física y moralmente, y la vida me ofrecía encantos mil que jamás había conocido. Sano, amado y amante, dueño otra vez del campo de mis padres y de la humilde casa en que nací, dueño también de un corazón puro y noble, de una mujer hechicera,



Los confidentes de la plaza

discreta, buena, rica... Tanta felicidad debía producir en mí uno de esos estallidos que nos trastornan para siempre. No sé bien cómo fué: no sé si fué en el momento de casarme ó poco después, cuando sentí una sacudida en lo más profundo de mí ser... Yo tenía la mano de mi esposa entre las mías. ¿Tenía también su talle? No lo puedo decir. Sólo sé que todo cambió bruscamente ante mis ojos, que el mundo dió una rápida vuelta, que me encontré arrojado en el suelo debajo de una mesa, en un estado que si no era la misma estupidez se le parecía mucho.

La efervescencia de mi pensamiento se iba apagando. Yo tocaba el suelo para cerciorarme de la realidad. Hiceme cargo de tener delante una figura tosca que extendía hacia mí sus brazos, como queriendo alzarme del suelo... Creo que lo conseguí y que me puso sobre un sofá.

Era mi criado que al verme entrar lentamente en posesión de mí mismo, trajo una taza humeante, y me dijo:

«Eso va pasando. Se acabará de quitar con café muy fuerte.»

BENITO PÉREZ GALDOS.



En la feria de Frajana

LA DIVINA COMEDIA... POLÍTICA EN BROMA



—Bueno; y después de construído el fuerte ¿se cerrará el abismo abierto á mis pies? yo, por si acaso, me embozo en mi capita, diciendo con el Dante: *Non ragionan di lor, ma guardati...* Pablo (Cruz).

Hace lo menos veinte y cuatro horas que no se registra ningún robo en la vía pública. Se conoce que los ladrones están descansando, ó puede que no quieran reanudar sus tareas hasta después de Navidad, para rendir culto á la tradición. Cuando hayan pasado las Pascuas volveremos á ser «atracaos» en las calles, y habrá aquello de:



—Alto! Si Vd. se mueve le abrimos en canal.
—Pero, señores...
—¡Silencio! Suelte Vd. el portamonedas.
—No lo gasto.
—Venga el reloj.
—No lo tengo.
—¿No? Pues ahora verá. ¡Pobretel!

Y los ladrones, montando en cólera, se liarán á trompazos con su víctima diciéndole por conclusión:
—Mañana, á eso de las ocho, pase Vd. por aquí, sin falta, y tráigase Vd. un buen reloj y doce ó catorce duros. ¿Ha oído Vd.? A las ocho.
—¿No temen Vds. á la policía?
—¿Pero, qué? ¿Hay policía? Pues no nos habíamos enterado.

La Noche Buena se aproxima. Da gusto ver los escaparates llenos de comestibles apetitosos.

Hay unos capones pintados de amarillo que miran al transeunte con ojos tiernos, como si quisieran decirle: «Cómeme y serás dichoso»; y hay unas cabezas dejabali barnizadas que parece que nos son ríen y nos guñan el ojo.
—Mamá, compra una cabeza de esas—dice un niño á la autora de sus días.
—¡Ay! De ningún modo—contesta la interpelada suspirando.
—¿Por qué?
—Porque creería comerme á tu tio el concejal, que en paz descanse.

Tiene su misma caída de ojos.



Ya ha cesado el movimiento de tropas y las manifestaciones entusiásticas.

En todos los pueblos hubo, tiempos pasados, cariñosas despedidas que hablan muy alto en pro de nuestro patriotismo; pero alguien ha exagerado la nota hasta un punto inconcebible.

Díganlo, si no, los de Villapocha: el lunes encontraron en la calle á D. Aquilino, teniente de carabineros retirado, que iba de uniforme, y se pusieron á aclamarle frenéticamente.

—¡Viva D. Aquilino!
—¡Viva!
—Pero, señores—contestaba él,—¿á qué viene todo eso?

—¿No va Vd. á Melilla?
—No señor; me he puesto el uniforme para ventilarlo, porque temo que se apollille.
—Bueno; ¿pero á dónde va Vd. ahora?
—A jugar al tresillo á casa de mi cuñada.

Hay tal inseguridad en todo que hasta llegamos á desconfiar de la temperatura.

A lo mejor amanece el día fresco, como un chico de limón, y salimos por ahí embozados hasta las cejas; pero de pronto sale el sol esplendente y la capa nos agobia con su peso.

Un amigo mío, dueño de un gabán de pieles que parece una zalea, está siendo víctima del gabán, porque á lo mejor se lo pone, creyendo que va á caer una nevada y llega al café sudando la gota gorda.

—¿Dónde pongo esto?—pregunta con acento anhelante y respiración dificultosa, abrazándose á la pesada prenda.
—Pónlo por ahí—le dice uno.

Pero el gabán no cabe en ningún sitio, y solo sirve de molestia á los parroquianos, que no hacen mas que preguntar:

—¿De quién es este armatoste?
—¡Mio!—contesta el infeliz abrazándose al gabán.

Y no falta quien le diga con aire zumbón:

—¿Pero ese es un gabán ó un perro de Terranova?

—Vengo á poner un anuncio—dice D. Casilda al irando en la administración de un periódico.
—¿Le trae Vd. redactado?
—Sí, señor.



—A ver... «Una señora sola admite dos caballeros.—Bonetillo, 103, 4.º» Esto hace dos líneas y media.
—¿Qué atrocidad! Yo no quería pagar más que dos.
—Habrá que suprimir cualquier palabra que sobre.
—Bueno; pues quite Vd. el «señora.»

LUIS TABOADA.

LA BEATA DE MÁSCARA

La del enlutado manto, la de la toca de encaje, la de mil hombres encantado, ¿cuánto va á que no es tan santo tu pecho como el ropaje?

En vano ocultamos trata de tus ojos los destellos del lienzo que te recata; y por Dios que son, beata, para ser santos, muy bellos.

Sobre tu nevado seno pesa la cruz de un rosario, y aunque humilde nazareno muriera de gozo lleno en tan hermoso calvario.

Y, pese á tu religión, en vano ¡ay triste! sofoca deseos mi corazón; que oculta una tentación cada pliegue de tu toca.

Eres bella cual ninguna, y juro, aunque teneriano, no creo en tí fe alguna, si pasas, una por una, las cuentas de tu rosario.

CAMPOAMOR.

MADRID.—1893
Cromotipia y fotograbado de L. R. y C.ª, S. Bernardo, 69
Tirado en máquina cromotípica rotativa Marinoni.
TINTA LORILLEUX
Imp. de EL IMPARCIAL á cargo de Angel García